

Ediciones Altazor

Fundación Vicente Huidobro

Ver y palpar
Vicente Huidobro
Colección *El espejo de agua*

Sobre *Ver y palpar*

Sin duda, Huidobro fue un poeta singular; sin embargo, comparte con muchos otros una similitud: despistó deliberadamente a la crítica y a los lectores, de modo que surgen no pocas dudas respecto a cuándo escribió ciertas obras y en qué circunstancias. Por ejemplo, algunos poemas de *Ver y palpar* son efectivamente bastante previos a la publicación del libro (1941), pero no parece el caso de la mayor parte de los cincuenta que lo componen.

Sea de ello lo que fuere, reconocemos en estos versos el prurito originalista que caracteriza al autor. Su sello consiste principalmente en la libertad de las imágenes y en una tendencia lúdica que asoma acá y allá. En este sentido, por mucho que Huidobro separara aguas con el surrealismo y el onirismo, muchos versos parecen regidos por el principio freudiano de la asociación libre e incluso algunos lindan en la gratuidad.

Por supuesto, eso es coherente con uno de los versos iniciales: “Cierra el piano de palabras amadas por los siglos” (“Hasta luego”, fragmento II). En principio, cerrar el piano verbal supone clausurar una tradición multisecular: la escritura poética entendida como composición musical (Verlaine sería el caso prototípico). En el poema “Es un decir”, Huidobro nos advierte que ahora “las palabras se lavan como espadas” y que son “nobles defensoras de la mujer en su mármol caído”. Asimismo, varios pasajes remiten a una dimensión cósmica, casi “como si Dios fuera a nacer de repente”. Es decir, estamos cercanos al espacio de Altazor, aunque matizado por una perspectiva americanista:

Os lo advertí hasta el cansancio
Cuando se viaja en busca de la niña América
Se juega a los naufragos y se atrae el abismo.

Así, pues, no debe extrañar que, en “El paladín sin esperanza”, el poeta lance una pregunta clave:

Qué hacer si la violencia alza la temperatura de los ojos
Como una descarga en la zona del canto.

Y es que, “cuando el mundo no sabe a dónde va”, el poeta no puede sentirse cómodo en un exilio cósmico, por mucho que reivindique la autotelia de la palabra poética.

Percibimos esa tensión en “Ronda de la vida riendo”, cuyo comienzo pulsa la tecla juguetona (*Trescientos sesenta y cinco árboles tiene la selva / Trescientas sesenta y cinco selvas tiene el año / ¿Cuántas se necesitan para formar un siglo?*), pero pronto introduce matices de denuncia sociocrítica que no han perdido vigencia:

*Trescientos sesenta y cinco pájaros tiene el cielo
Estos pájaros serán banderas el día del gran triunfo
Cuando los hombres oigan cantar la hora del hombre
Cuando nadie viva del esfuerzo nacido en otros pechos
Cuando nadie se nutra de la carne ajena
Ni respire por pulmones extraños
Ni se ate los pantalones con las tripas esclavas.*

Desde luego, esa denuncia no es partisana, sino simplemente humanista, y por eso mismo concluye con una nota optimista: “Murieron las aves de rapiña en su leyenda negra” y “la vida aplaude la vida”.

Ahora bien, si el poeta apuesta porque ese ansiado día llegará más temprano que tarde, hasta el lector menos proclive a las utopías desearía lo mismo.

Eduardo Llanos Melussa
La Reina, abril, 2019